

Luis Durand (1)

## Afuerinos

—¡Suerte más perra!--rezongó Rosendo Farías, al echarse de nuevo el saco de «monos» al hombro. Ni que estuviéramos apestados. Hay que ver la gente bien desconsiderá pa ayudar al pobre. Y di hay ¿qué hicimos?—interrogó, volviéndose hacia su compañero, que sentado en la cuneta del camino, se amarraba despaciosamente una chala.

—La alojá es la molestosa—repuso el otro con aire distraído, pasándose el revés de la mano, por la nariz roja de frío.

—Si pué, la alojá no más será—agregó de nuevo Farías con irritado acento. El hambre que nos maltrata, serán florecitas en el ojal, ¿no es cierto?

Miraba a su «cumpa», de soslayo, en una actitud que le era peculiar, muy abierto e inmóvil el ojo izquierdo, enturbiado por una nube. Era un hombre alto, cenceño, con el rostro

---

(1) Nació en Traiguén en 1894 y ha escrito cuentos, novelas y ensayos. Su conocimiento del paisaje y del campesino afloran en la riqueza de la descripción, nutrida de vocablos originales y en la fidelidad del lenguaje, gracioso, inimitable. Además posee una fuerte intuición psicológica que vitaliza cualquiera de sus relatos. Sus obras principales son: «Campesinos», «Mi amigo Pidén», «El primer hijo», «Mercedes Urizar» y «Presencia de Chile». Sus cuentos son clásicos en la literatura iberoamericana.

derrumbado por el cansancio y las penurias de una existencia aporreada. Unos pelos ralos le poblaban a retazos la cara, y junto a la nariz, como un torrente seco, una ancha cicatriz le cruzaba la piel.

—¿Y qué sacáis con ajisarte? No vamos a componer el apero por andar chillando como rueda sin aceite. O vos creís que yo no llevo hambre... Tengo también las tripas que ya me hablan.

Sonreía entreabriendo los labios gruesos y sensuales, mostrando unos dientes blancos y enteros capaces de devorar a un buey. A guisa de chalina, se abrigaba el cuello con un ponchito desflecado. Y sobre la frente despejada se le iba un mechón de pelos negros como sus ojos, alegres y brillantes. Alvaro Pérez estaba hecho, sin duda, de otra pasta harto distinta de la de su malhumorado compañero de correrías.

Echaron a andar de nuevo por el reborde alto del camino, sorteando el barrizal que en los bajos se convertía en lagunas espesas, de color chocolate. Un crepúsculo húmedo, de luz mermada prematuramente, daba triste entonación al canto o silbido de los pájaros cuando pasaban volando bajo unas nubes negras y amenazadoras.

En la distancia, clareó fugazmente el horizonte tiñendo de rosa y amarilló algunas nubes. Pero aquello fué sólo como la insinuación de una sonrisa, pues muy pronto la luz se veló de nuevo, y las sombras se apretaron, desdibujando el contorno de los árboles, de los ranchos próximos al camino y los de algunos vacunos que de rato en rato, bramaban desolados en el fondo de los potreros.

—Va a llover qu'es vicio—exclamó Pérez. Y la del diantre que por aquí ni autos pasan pa que nos acarreen a un hotel, a onde pedamos servirlos una güena cazuela di ave y unas varas de longaniza con su medio cántaro de mosto, pa calentar las tripas. Después nos iríamos a dormir en un colchón bien alto

y el riñón abrigao, con una de esas fraldas capaces de hacer sudar a un riel. Si la plata hay que gastarla, huacho.

—¡Eja! Dale güira no más a la lengua. L'hambre te está haciendo difariar. Yo no sé qué objeto tendrá eso de andar hablando vanidades. Más es la pica que baja.

—¡Las cosas tuyas! Pa divertirlos pues hó. Pior es ponerse tragedioso. Continás que uno se azarea queda en los mismos pelos. Si la vida del pobre es así... Y como no habimos cono-  
cío otra.

—Muy verdá es—convino Rosendo—pero no por eso nos hemos de conformar. Date vos cuenta que los animales con ser brutos, viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su güen gualpón a onde duermen bien reparaos. Lo que el pobre no merece muchas veces, ni un pedazo de rancho pa favorecerse de la lluvia.

—Razones son esas. Pero el hombre no saca ná con lamentarse si no hace empeño a buscarse un acomodo. A naide le cae la breva pelá y en la boca. Es preciso considerar una cosa también, y es que a nosotros los gusta tantísimo la tomaura. Somos más sufríos p'al litro que p'al arao. Y es qu'es tan bonito andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo no más. Y toparse por ahí con los pobres gallos afirmándolas día a día, a la siga de los bueyes.

Rosendo Farías, masculló algunas palabras que Pérez no se preocupó de averiguar. Silbaba ahora una vieja tonada, la única que sabía, y que jamás dejaba de recordar, cuando lo roía alguna preocupación. El Negro Pérez, era de carácter risueño y francote, detrás del cual, ocultaba todo cuanto podía hacerlo desmerecer ante el propio concepto de su hombría. En ese momento iba meditando, en la razón de haberse apareado con Farías, que con su cara de vinagre y su voz chillona, no caía bien en ninguna parte. El día antes, sin ir más lejos en sus recuerdos, pasaron a pedir trabajo en un fundo cuyas casas se divisaban desde el camino.

Los atendió el propio dueño, un hombre de aspecto bonachón, que los miraba con unos grandes ojos pardos, mansos y tranquilos. Después de oír la petición que le formularon les contestó afablemente:

—Trabajo tengo y al buen peón aquí no le va mal. Si quieren quedarse pasen a la cocina a comer y ahí hablan con el mayordomo, cuando llegue la gente a entregar el apero.

El tuerto Farías, se lo quedó mirando con su actitud característica: el ojo turbio muy abierto e inmóvil y el otro de soslayo. Con su chillona voz de tiuque en un día de lluvia, preguntó:

—¿Cuánto pagan aquí?

Y cuando el hacendado se lo dijo, Farías desdeñosamente replicó:

—¡Chs! Por esa plata yo no le trabajo a naide. Pa eso mejor estoy sentao an mi casa.

El dueño se encogió de hombros, sin pizca de malicia. Afirmándose el fiador del sombrero y levantando las riendas del caballo que lo esperaba les dijo a manera de despedida:

—¡Que les vaya bien!

Al Negro Pérez, no obstante el disgusto que aquella salida de tono de su compañero le causaba, le dió una loca tentación de reírse a gritos. Y ya en el camino le dijo:

—¡Güeno, pue hó, ahora nos iremos a sentar a tu casa!

Y ante la furiosa mirada de Farías, Alvaro Pérez había dejado escapar el atropellado tumulto de carcajadas que le estaban haciendo cosquillas en la garganta. Esa noche durmieron al abrigo precario de un muelle de paja que encontraron al paso. Muy trillado por los animales y ya pasado por el agua de las lluvias, aquella alojada fué harto penosa. Apenas clarearon las primeras luces, Pérez se enderezó entumecido, exclamando:

—Oye, ta güeno que le mandís componer el techo a tu casa. Tengo la cara como cartón con la garuga de la noche. Güeno.

pues, hombre, llama luego a la empliá pa que nos traiga desayuno. A mí me gusta el caldo por la mañana.

Mediante algunos escasos centavos que les quedaban comieron pan con ají en un chinchel del camino. Rosendo caminaba silencioso y huraño, rumiando su mal humor. El Negro, indiferente, como si no lo afligiese ninguna preocupación. Sin embargo iba decidido a aprovechar la primera oportunidad que se le ofreciera para separarse de su incomfortable amigo.

Bajo un cielo nuboso, la noche se había extendido por el campo. En los charcos se oía el metálico croar de los sapos, mientras los perros desde los ranchos distantes, comenzaban a bravuconearle a la obscuridad, engendradora de fantasmas. El viento húmedo les mojaba las espaldas, hormigueando en la carne con helada insistencia.

La mezquina luz de una fogata interior les mostró en un recodo una vivienda. Y de común acuerdo se acercaron a ella para hablarle a sus moradores. El Tuerto Farías con la voz más melosa que pudo sacar, exclamó:

—Buenas noches toa la gente. ¿Podríamos hablar con el dueño de casa?

Por el ventanuco que daba al callejón, asomó el rostro de una mujer desgredada y flaca, con una criatura en los brazos. Sus ojos curiosos trataron de perforar la oscuridad para ver a los que llegaban. Recelosa inquirió:

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente honrá, señora. Por favor dígalos si podríamos hablar con su marido.

—Ta durmiendo el dueño de casa. ¿Que lo conocen ustedes?

—No, pero como somos forasteros de pu aquí y como no tenemos conciencias quisiéramos pedirle una ayudita. Andamos con harta necesidad y no tenemos ni a onde alojar.

El gruñido irritado de un quiltro se oyó en ese momento junto con la voz de un chiquillo que habló medrosamente:

—¡Taitita! ¡Despiértese, taitita!

Fastidiada la mujer lo hizo callar.

—Cállate vos, chiquillo intruso. Y dirigiéndose a los hombres, les habló en seguida con voz desabrida y quejumbrosa en la que no obstante se advertía cierta compasión por ellos.

—Oigan. No sacan ná con hablar con Filidor, porque no tenemos ni una ná con que poderlos favorecer. Es mejor que sigan hasta la Rinconada. Allí pueden encontrar algún acomodo aunque sea por dormir. A la vuelta del cerro está la casa de on Jesús Chandía qu'es hombre rico y muy güen cristiano pa tratar al pobre. Hasta trabajo les puede dar, porque endenantes no más le oí decir a mi marido que al jutre ese le estaba haciendo falta gallá pa la siembra. Por ahí van bien, porque lo qu'es p'al pueblo es casi toa la gente pobre la que vive. Contimás que no hay casa a onde no tengan enfermos. Ha cargado mucho una epidemia que la mientan grippe. Es como coticipao con calentura y el pobrerío es el más que padece. Va duro el año este. . .

A la mujer se le había desatado la lengua y llevaba intenciones de seguir adelante con su cháchara cuando el Negro Pérez se la cortó de pronto, diciéndole:

—Muchas gracias, señora. Que pase güenas noches con toa la compañía.

Rosendo Farías que escuchaba con gran interés la conversación pues era muy aficionado a esta clase de tertulias, pegó un respingo de caballo rabioso, se tocó el ala del sombrero y con aire grave, aprobó las últimas palabras de la mujer:

—Malo va el año. Muy verdá señora.

A poco andar encontraron el cerro de que les habló la mujer. En la obscuridad era como un enorme monstruo informe que recostado junto al camino acechaba a los viajeros. Descendieron hasta un bajo abrigado por unas pataguas y luego subieron hacia el alto, en donde el viento vino de nuevo a clavarle sus heladas agujas. Arriba las nubes se habían desgarrado para mostrar un cielo lívido de difusa claridad lunar. Ca-

minaban ahora junto a una tapia por encima de la cual algunos árboles extendían sus ramas hacia el camino. En el interior oíase el ronco vozarrón de un perro que ladraba a intermitencias.

Al final de la tapia se alzaba un largo edificio de construcción ligera y en seguida una casa de adobes, en cuyas ventanas a través de los postigos cerrados, se filtraba la luz del interior. El Negro Pérez se acercó a poner el oído junto al postigo y después de escuchar un momento exclamó en voz baja, atrayendo por una manga a su compañero.

—Oye gallo. ¡Tan cuchariando en lo mejor! Aquí sí que nos puede ir bien. Vos sabís que guatita llena corazón contento. Cómo van a ser tan piratas que se nieguen a favorecerlos con algo.

—¡Mi maire! Se me está haciendo agua la boca. Me recomendará si no son porotos con tocino los que están comiendo.

Tras una prudente espera, golpearon discretamente. Oyóse adentro el ruido de una silla que se aparta y luego unos pasos enérgicos hacia la puerta. En seguida la pregunta de rigor formulada con vos recia:

—¿Quién llama?

Esta vez fué el Negro Pérez quien se apresuró a contestar, dando a su acento la mayor amabilidad que pudo.

—Somos nosotros, patrón Chandía, que queremos hablar unas palabras con su mercé.

Crugió una tranca y rechinó una llave antes de que se abriera la puerta. En el vano de ella apareció la voluminosa figura de Jesús Chandía con un sombrero alón metido hasta las orejas y envuelto en un poncho largo, color vicuña. Sus cejas canosas y erizadas se arquearon, tratando de identificar a los recién llegados. Después su vozarrón inquirió:

—¿Qué se les ofrece?

—Andamos buscando lugar a onde ponerle el hombro patrón Chandía y como sabimos que su mercé está necesitando

buena gallá, venimos a ofertarlos con mi compañero. En el trabajo somos rotos harto sufríos y empeñosos. . .

Jesús Chandía irguió su alta figura, dejando escapar un jejem! tan sonoro y vigoroso que pareció quedar vibrándole en el pecho. Después de sonarse estrepitosamente con un gran pañuelo floreado, les dijo con voz de severa reconvención:

—Pero estas no son horas de venir a molestar a una casa. El buen peón llega a la luz del día a pedir trabajo y no anda ocultándose en las sombras de la noche. Para mí que ustedes son rotos mañosones.

Iba a contestar el tuerto Farías, pero el Negro lo atajó diciendo alegremente:

—La purita que es bien verdá lo que nos dijeron de que usted era bien divertío patrón. ¡Qué vamos a ser rotos mañosos! Pregunte usted en «Santa Teresa», en «El Peumo» o aquí más cerca en «Las Rosas» y le dirán quiénes somos nosotros. Aguai-te su mercé, estos tremendos callos. Lo que hay es que se nos hizo tarde, porque los caminos están muy barrocos y pesaos y andamos necesitaos de echarle algo por debajo del bigote.

Jesús Chandía apoyó la mano sobre la puerta en la actitud de cerrarla, diciéndoles:

—De noche no entro en tratos con nadie. Si quieren trabajo vuelvan mañana que será otro cuento.

—Conformes, patrón, pero hágase cargo que andamos entumíos y con hambre. Lo que su mercé disponga se lo agradeceremos.

Sin contestarles, Chandía dió un grito hacia el interior de la casa.

—¡Hermelinda! Ve si hay comida en la cocina, y tráete dos raciones. También un pan grande. ¿Andan trayendo en qué recibir comida, ustedes?

—Sí patrón, aguárdese un momentito.

Apresurados buscaron entre las pilchas de su saco un jarro



de latón grueso, que alargaron a Chandía. A tiempo de recibirlo éste volvió a gritar:

—¡Que venga caliente esa comida!

Al poco rato apareció Hermelinda, una moza de carrillos encendidos, ojos vivos y una naricita respingada que la agraciaba. Traía una fuente llena de porotos que despedían un vaho cálido y oloroso; los vació en el jarro de aquellos huéspedes no convidados y se los pasó junto con un gran pan. Pérez le dijo:

—En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Qué rica ha de estar! Se vé que la hizo usted, prenda.

Chandía en ese momento exclamó desde el medio del pasadizo:

—¡Cierra bien la puerta, mujer!

—Muchas gracias, patrón Chandía. ¡Hasta mañana!

Otra vez las tinieblas del camino. Mas, ahora llevaban adentro una loca alegría que era como un rayo de sol.

Rosendo Farías, enternecido, dijo con trémula voz:

—Seco el viejo, pero harto güen cristiano, no se puede negar. Toy dispuesto a trabajarle una güena tirá de días. Tamos necesitando unos cobres pa comprar tantísimas faltas. Ni pa los vicios habimos tenido estos días. Yo cuando no pito te diré que me pongo bien lile. Oye, vámoslos p'al bajo a merendar, porque allí hay muy güen reparo.

—Esa es la letra. Los juimos dijo la venida. Ahí estaremos bien y después nos serviremos una güena cachá e mosto blanco de ese que pasa por debajo del puente.

Cornieron amistosa y fraternalmente, conversando de las incidencias de su cotidiano deambular. El estero gorgoriteaba leve a pocos pasos de ellos. Arriba el cielo se había limpiado, dejando ver algunas estrellas.

—Parece que quiere componerse el tiempo—opinó el Negro Pérez, echando una rápida mirada al cielo en el momento de levantarse para ir a lavar su cuchara.— Oye, voy a ir a ver cómo anda la cosa por aquí para que arreglemos el dormitorio.

Crujieron las ramas del pequeño monte en donde se metió. Después gritó:

—No sirve esto, gallo. Ta muy húmedo. Se nos puede echar a perder el colchón aquí. Vamos a tener que seguir taloneando pa la Rinconada.

—De allá somos, pues, le contestó Farías con el ánimo muy levantado.

—¡Ah! chitas que te hicieron bien los porotos, hó. Yo creo que ahora serías bien capacito de dormir parado debajo de un árbol.

—Voltario que me hallo...

Pero al pasar junto al galpón de Chandía, oyeron el recio estornudo de un animal y, acercándose más, el poderoso crujir de sus dientes triturando el pasto.

De pronto el Negro dió un brinco de júbilo.

—¡Oye, oye! Aquí hay una ventana y si no tiene barrotes estamos al otro lao. Atrácate con eso me encumbras.

De pie encima de los hombros de Farías, el Negro alcanzó la ventana. Un juramento se escapó de sus labios al comprobar que la defendían gruesas barras de fierro.

—Abájate luego hó, si estamos pa nunca— rezongó Rosendo.

—¡Chiiist! Aguántate un ratito gallo, mira que una barra está jugando. Con que la saco, pasamos pa entro como con aceite.

Afortunadamente la vigueta que sujetaba los fierros estaba ya podrida y fué cediendo poco a poco hasta desastillarse. Pérez apartó el barrote y metió los brazos hacia adentro. La lisa y tibia suavidad de la paja le acarició las manos. Afirmándose en el marco, se alzó de un envión y una vez adentro se volvió para asomarse hacia la calle a decirle con voz gozosa a su compañero:

—Pase más ailante on Farías. Mire que la noche está muy heladaza y se puede cotipar.

Una alegre risotada fué la respuesta. Farías le pasó los sacos con los «monos» y Pérez a tiempo de recibirlos le advirtió:

—Oiga, on Farías, no vaiga a dejar la sobrecama abajo. Es preciso cuidar las prendas ahora, porque están los tiempos muy estériles.

Alargándole la correa de la cintura ayudó a Farías en la subida. Adentro había una atmósfera tibia que olía a estiércol fresco y a pasto seco. En el recinto contiguo oíase a los animales que seguían devorando su ración.

Enterrados en la paja conversaron un rato. Al Negro se le ocurrió preguntar:

—Oye, gallo, ¿y vos cuánto tiempo hace que te dedicais a los viajes?

—¡Bututui! Montón de tiempo, pues hó. Pa no mentirte te diré que yo ey sío siempre muy trajinante. Me entra un tremendo aburrimiento cuando estoy mucho tiempo en una parte. Y entonces me las emplumo a la sin rumboque. Pero el hombre andante padece mucho tamién.

—Se padece. A mí a veces me tira de quedarme por ey arranchao. Y buscame una mujer que me haga la merienda y me costuree. Así se anda como jergel de tirillento.

—Es cierto. Pero la mujer es muy llevá de sus ideas y muy amiga de gobernar al hombre como chiquillo mediano. Y en tocante a esa cuestión yo soy muy ríspero. El hombre cuando la mujer quiere pagarse de su capricho debe ser muy tieso de mechas. Si no, tá perdío. ¿No te parece?

En las lindes del sueño, Pérez murmuró algunas palabras que no se entendían. En seguida se oyó su ronquido acompañado. Rosendo Farías era de sueño tardío y se quedó oyendo el susurrar del viento y los chillidos de las ratas que se festejaban con algún pedazo de sebo en el cuarto de los aperos. No supo cuándo se durmió con un sueño sobresaltado. A ratos volvía a oír las palabras entrecortadas del Negro Pérez que en un traba-

joso diálogo contestaba a algún misterioso personaje que visitaba su sueño.

Y en efecto, Pérez soñaba con una puebla que lo tenía obsesionado allá en la hacienda de «Las Mercedes», en Talagante. Estaba situada en una pequeña vega, junto a un camino interior. En el fondo y entre maquis, culenes y chilcos, pasaba el estero con el que se regaba esa tierrita negra y mullida muy a propósito para sembrar hortalizas y legumbres. En ese fundo, él había hecho méritos largo tiempo hasta captarse la simpatía del administrador. Y mientras maduraban sus proyectos le echaba el ojo a la Rosa Amelia la hija de don Paredes un mediero richón. Pero cuando le manifestó sus aspiraciones al administrador, éste le cortó el aliento de raíz con una rotunda negativa. Aquella puebla estaba en poder de un antiguo sirviente muy apreciado por el patrón. Pensar en quitársela era como hacerle una raya a la luna. Y más él que era un afuerino. Era imposible.

Y esa noche, soñaba que había vuelto a «Las Mercedes». Estaba de ayudante de capataz y caminaba por una larga alameda en donde silbaban los zorzales, montado en un alazán cariblancó que tenía una rienda de primera. Se dirigía hacia la puebla de la vega que por fin había conseguido para él y la Rosa Amelia, su mujer. ¡Qué lindo estaba todo! Unos cardos azules junto a las tranças, y más adentro varas de amapolas florecidas. Primavera de luz transparente y cálida. Un chancho overo, amarillo y negro dormía en el patio haciendo un ¡ho-ho! deleitoso. Y en el fondo de la huerta las flores amarillas de los zapallos, cuyas guías se encaramaban por las ramas secas.

Subiendo el repecho venía una vaca clavela bramando con su ternero que la cabeceaba hambriento. Y tras ella, Rosa Amelia con la correa de manear en la mano y las mejillas rojas como las amapolas que el vientecillo jovial y travieso agitaba suavemente.

Alvaro Pérez sintió la noche de un suspiro. Aquellos poro-

tos calientes y sabrosos y esa paja en la que se dormía tan abrigado eran como para soñar sueños de dicha. Sintió una furia atroz cuando el frío de la mañana lo vino a despertar.

—¡Caracho, quién pudiera quedarse dormido pa siempre cuando sueña cosas tan relindas!

Se enderezó fastidiado. En la penumbra del amanecer se oía el rumor del campo que despertaba. Gallos que cantaban, perros ladrando, relinchos de potrillos y más cerca el chismorreo jubiloso e indiscreto de las aves de corral. Y a ratos un silencio profundo que hacía grave el rumor del viento cuyos dedos entumecidos no eran capaces aún de insinuar melodías.

Después de dormir en ella, al Negro Pérez lo afebraba la paja. Bajó, apenas despertó, para darse cuenta del panorama que lo rodeaba. Al otro lado había una yunta de bueyes, un caballo y dos vacas. Una de ellas era una clavela de narices rosadas y húmedas que lo miraba con una dulce y asombrada curiosidad. En el cobertizo del frente dos terneros trataban vanamente de escaparse por la puerta del chiquero que resistía tercamente sus atropelladas.

Una alegre idea vino a acariciarlo. Un desayuno con leche sería estupendo. Y él era hartito «baqueano» para ordeñar. Sin pensarlo más sacó el ternero clavel laceado con su correa de la cintura y lo llevó donde su madre, que lo recibió bramando bajito con temblorosa ternura. Sin alzar mucho la voz llamó:

—Rosendo, ¡despiértate, hombre! Pásame el jarro pa lechar esta vaquita que nos mandó p'al desayuno on Chandía. No se puede negar qu'es hartito atento el jutre.

Aún medio dormido bajó Rosendo con el tiesto. Y muy pronto un grueso chorro comenzó a sonar dentro de él. Era leche tibia y sustanciosa, alimento de primer orden que sus paladares no saboreaban con frecuencia. Rosendo se sirvió un trago largo y se volvió a repetir. Después tomó lentamente Pérez gozándola con visible deleite. En seguida ofreció de nuevo a Rosendo pero éste muy cumplidamente rehusó:

—Ya no soy capi pa más. Te lo agradezco. Y sería güeno que juerai abreviando, no sea cosa que se levante el jutre y nos eche una elevada.

Pérez le contestó:

—Fíjate hombre, lo que es la vía. Anoche dormí soñando que estaba allá en «Las Mercedes» viviendo en la puebla de ño Quiñones. Y la Rosa Amelia mi mujer. Teníamos chancho, vaca y cuanto hay. Me está bajando pensión de recordar too esto te diré. Ganas de envelármelas pa allá. ¿Qué decís vos?

Era un hombre serio Pérez y fué de nuevo a encerrar el ternero. En seguida subieron al pajar y se descolgaron hacia la calle por la ventana. En ese momento el sol, como un rubí gigantesco del cual se desprendían llamas enrojecidas, se encumbró por encima de un cerro. Y la luz con su aliento vivificante animó e inundó de alegría todo lo que se extendía por el campo.

Rosendo Farías, exclamó:

—¡Lindo día, hombre!

—¡Lindo!

Y fué entonces el Negro Pérez quien propuso:

—¿Qué te parece que volvamos otro día a trabajarle a on Chandía?

Rosendo, con aire de fatiga y displicencia, repuso:

—Muy justo. Alguna vez el pobre tamién ha de darse gusto en algo. . .